

MECCANO

HUGO CORREA

Meccano miraba a los hombres con sus cuencas sin ojos.

Durante mil años el cráneo del gigante, con su rostro de ídolo primitivo, contraído por una mueca de ira y crueldad, acechaba sobre su pedestal de piedra, en el centro de un cráter.

—Esto no estaba aquí, capitán. ¿Quién lo habrá construido?

—No somos los únicos humanoides de la Galaxia, Roberto. Y aunque sólo hemos envejecido diez años durante nuestro viaje de ida y vuelta a la Tierra, aquí han transcurrido diez siglos. Alguien pudo venir entretanto.

—Estoy seguro que esto es obra de Daniel, capitán. ¡Le gustaban las realizaciones gigantescas!

—Es posible. Siempre fue aficionado al arte, aunque de poco debe haberle servido aquí. ¡La Luna es un oasis comparado con esto!

—Pero también era un genio de la cibernética, capitán. No puedo olvidar sus últimas palabras. «Los esperaré», dijo. ¿Se acuerda?

Un sol achatado, envuelto en un anillo ardiente, derramaba un fulgor verdoso sobre la solitaria cabeza, las rocas y las colinas oscuras. Los hombres dieron una vuelta en torno al cuello trunco, y trataron de desprender un pedazo de la dura substancia.

—¿Y dónde está su comité de recepción? ¿Esta cabeza? Ni siquiera disponía de bombas atómicas, cómo podría habérselas ingeniado para dejarnos una bomba de tiempo que nos esperase mil años. Suerte que se quedaron sin armas. ¡Idiota! Cuando se vio abandonado con sus treinta fieles, y sus dos naves destruidas, debió comprender que en su expedición se había colado un miembro de la Causa. ¡Y nos largó sus amenazas!

Detrás de la impasible faz de Meccano, en el fondo de las cuencas sombrías, unos delicados mecanismos construidos para durar milenios, abrieron un interruptor cuyo chasquido engulló el vacío reinante. Porque aquellos alvéolos captaron las imágenes de los hombres cuando entraban al cráter y, de inmediato, una computadora estableció comparaciones, barajó cifras, y obtuvo un instantáneo resultado. Un segundo interruptor se abrió dentro de las sombras del cráneo.

—Aquí, en este planeta, están los tesoros que necesitamos para imponer nuestra Causa, Roberto. Daniel, que no era tonto, también comprendió la trascendencia de este mundo casualmente descubierto. Pero en nombre de sus principios de libertad, orden y justicia, habría destruido las cartas de navegación para que nadie hubiese regresado aquí. La Tierra lleva cinco mil años de este régimen de orden, y todos son felices, decía. ¿Para qué más? No comprendía que otros hombres deseaban romper la rutina.

Los hombres treparon al tractor y se alejaron, sin que las orugas del vehículo dejaran huellas sobre el granito. Meccano los siguió con sus negras cavidades, vueltas hacia el desfiladero de acceso, tal como lo dejaran mil años antes en aquel planeta muerto.

—Y recuerde, Roberto: nunca antes hemos estado aquí. Los demás nada deben sospechar.

Otro tractor descubrió en un barranco un carro cuyas ruedas apenas asomaban por debajo de su vientre redondeado, y de forma distinta a la de cualquier vehículo humano. Pero en cuanto los hombres se alejaron el vehículo, en cuya techumbre plana se abrían alvéolos y tres escotaduras en el costado más largo, rodó hasta una vasta explanada en cuyo centro se orientó y estacionó cuidadosamente. Otro carro de vientre plano y lomo combado, que se deslizaba sobre ruedas fijas al extremo de largas patas, se superpuso al primero de modo que el techo de uno coincidió con la barriga del otro. Entonces recogió sus extremidades con el movimiento de un monstruoso insecto.

Pero los hombres, en el *Cisne*, nada sabían de estas maniobras.

—Tampoco estaba ese carro aquí, cuando vinimos, capitán.

Detrás de la ventanilla de la cabina del capitán, las nítidas sombras de los picachos y lomajes del planeta se encogían a medida que el sol se aproximaba al cenit, como una antorcha desplazándose contra un paño negro.

—Tal vez los Odasitas, constructores de mecanismos ciclópeos, explotaron algún mineral aquí, y dejaron rastros de su cultura.

—Daniel pudo reacondicionar los motores de las astronaves que destruimos, e instalarlos en algún lugar remoto para transmitir energía inalámbrica a cualquier mecanismo.

—¡Usted está nervioso, Roberto! Pongámonos en el caso que haya sido así. ¡Ni con cien carros como ése pueden hacerle algo al *Cisne*!

—Sí, es cierto. Pero, ¿qué se hicieron las grúas, el taller, la fundición y las instalaciones que no alcanzamos a destruir? ¿Dónde están los cuerpos de Daniel y sus treinta hombres? ¿Y los restos de los navíos? En este mundo sin grandes montañas ni precipicios, objetos como las astronaves serían fácilmente visibles.

—Sí, también lo noté. Pero además que durante estos diez siglos alguien pudo venir y destruir o llevarse todo lo que aquí había, Daniel, con su maravilloso cerebro cibernético, y sus muchachos no pudieron sobrevivir más de diez años en este infierno. Y con suerte. ¿Para qué preocuparse con lo ocurrido con sus cadáveres e instalaciones?

En la lejana llanura otros carros repitieron las maniobras de los dos primeros, y se ensamblaron de modo que no se notaban sus uniones. Y aquella forma cilíndrica, angosta en el centro y ancha en los extremos, era la de un tronco humano sin miembros.

—Sí, es cierto, capitán.

Dos muslos se deslizaron por la hirviente pradera, y se insertaron en las pelvis vacías, y dos piernas se anexaron a las rótulas con la exactitud de un rompecabezas armado por una inteligencia. Porque las piernas

se movían bajo las órdenes de la cabeza del cráter, mientras los hombres en torno al *Cisne* cargaban toneladas de minerales por las insaciables escotillas.

Meccano se ajustó los miembros para que integraran una sola poderosa máquina. Los pies, altos como torres de treinta metros, y las manos, anchas como terrazas, se unieron a los muñones. En el centro de la planicie tomaba forma un muñeco sin cabeza, con los brazos en cruz y las piernas entreabiertas.

La febril actividad cesó.

Allá, en el cráter, la cabeza verificaba el funcionamiento de cada una de las partes del autómeta. Las manos cobraron vida y los dedos se estiraron y encogieron dentro de las palmas, formando colosales puños amenazadores. De un solo movimiento el coloso se sentó, y un anillo de sombras se proyectó alrededor de su cuerpo.

—Roberto: he ocultado el mapa y la carta de navegación para evitar que los vean otros ojos que no sean los suyos y los míos. ¡Nadie debe saber dónde queda este planeta! Así tendremos siempre la sartén por el mango, ¿entendido?

Meccano se orientó, y con zancadas de a dos metros partió hacia el cráter. El sol convertía su sombra en un gigantesco batracio que palpitaba sobre la superficie escabrosa. Se arrodilló ante la cabeza y, tomándola entre sus manos, la alzó hacia el cielo con la devoción y recogimiento de un sacerdote cuando levanta el cáliz. Luego la insertó en la cavidad de sus hombros, fijándola allí con la sola presión de sus manos rocosas. Ahora los ojos: del hueco dejado por el cráneo en el centro del pedestal extrajo dos globos blancos, que introdujo en sus cuencas y atornilló cuidadosamente como delicadas ampolletas.

—Ya hemos cargado suficiente material para este viaje, ¿no es así, Roberto?

—Sí, capitán.

—Dejamos morir a treinta hombres y al genial Daniel, y destruimos dos navíos para asegurarnos que nadie disputaría este planeta a la Causa, ¿no? Dígale a esos muchachos que vayan a buscar una última partida de mineral. Yo me encargaré de los otros.

El Guardián estaba completo.

Se irguió con su cuerpo alto como un rascacielos de ochenta pisos, plagado de ruedas que semejaban las clavijas y tuercas de un fenomenal juguete. Desde el centro del cráter, el gigante volvía a compenetrarse de aquel mundo que por tantos siglos vigilaba, de su tórrido e inmutable paisaje siempre azotado por el sol.

Meccano había nacido. Meccano ahora recordaba.

Al compás de una marcha sin voces, el titán partió hacia el navío humano.

—Listo, Roberto, vámonos.

El capitán guardó la pistola. Afuera, en torno a la astronave, el sol extendía su ardiente sudario sobre cuatro cuerpos retorcidos. No muy lejos, bajo la luz lívida, tres tractores repletos de minerales se aprestaban a volver al *Cisne*.

El navegante bajó una palanca, y cerró y abrió decenas de conmutadores. Las escotillas se cerraron herméticas. Los motores comenzaron a zumbar sordamente.

Detrás de la ventanilla se materializó la gigantesca figura que avanzaba hacia el navío estelar.

—¡Dios, capitán! ¡Ésta... ésta es la obra de Daniel!

—¡Pronto! ¡Partamos!

Meccano dejó caer sus poderosos puños. El *Cisne*, alcanzado cuando comenzaba a desprenderse lentamente de la tierra, se desvió de su trayectoria y, describiendo una amplia parábola, aceleró como un volador de luces. Kilómetros más allá se estrellaba en medio de una nube de fuego.

Meccano destruyó los tractores cargados de minerales inútiles y hombres paralizados y, recogiendo los restos del *Cisne* y sus tripulantes, los transportó hasta un lejano montículo de rocas que cubría una oquedad atestada de fierros y cuerpos momificados. Depositó allí su botín, y volvió a cubrir el hueco con la eficiencia de un sepulturero.

Entonces Meccano fue al cráter, colocó su cabeza en el pedestal, y de nuevo en la llanura, su cuerpo se desintegró como bajo el efecto de una repentina putrefacción. Los miembros fragmentados, conducidos por silenciosas ruedas, fueron a ocultarse en las colinas y hondonadas del planeta, y se mimetizaron con el color de las rocas.

En la planicie sólo quedaron rocas que hervían al sol.

En el centro del cráter la cabeza de Meccano miraba el planeta muerto con sus cuencas vacías, vuelta la faz distorsionada por una mueca de ira y crueldad hacia el desfiladero de acceso, tal como su creador le ordenara quedarse mil años antes.

FIN

Libros Tauro